Los tiempos del esplendor

Colección de autores portugueses
Director: **Antonio Sáez Delgado**

Lídia Jorge

Los tiempos del esplendor

Traducción de Martín López-Vega
Ilustraciones de Arturo Revuelta

LA UMBRÍA Y LA SOLANA

LA UMBRÍA Y LA SOLANA

Título original: *O amor en Lobito Bay*

Los tiempos del esplendor. Relatos
Lídia Jorge

Primera edición: 2017

© Lídia Jorge, Lisboa: Dom Quijote 2016, de acuerdo con la Agencia Literaria
Mertin Inh. Nicole Witt e. K., Frankfurt am Main, Alemania
© de la traducción del texto, Martín López-Vega.
© de la ilustraciones, Arturo Revuelta
Edición © La Umbría y la Solana,S. L.
c/ Pez Austral, 11
28007 Madrid

info@laumbriaylasolana.es
www.laumbriaylasolana.es

Coordinación editorial: Pilar Ramos Vicent y Feliciano Novoa Portela
Director de la colección de autores portugueses: Antonio Sáez Delgado
Diseño y composición: Raúl Areces

ISBN: 978-84-946988-5-9
Depósito legal: M-26731-2017

Impresión: Nemac Comunicación
Impreso en España - Printed in Spain

Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro (incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet) y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos.

CAMÕES INSTITUTO DA COOPERAÇÃO E DA LINGUA PORTUGAL
MINISTÉRIO DOS NEGÓCIOS ESTRANGEIROS

Obra publicada con apoyo de Camoes- Instituto de Cooperación y de Lengua I.P.
Obra publicada com o apoio do Camões – Instituto da Cooperação e da Língua I.P.

Índice

El amor en Lobito Bay 11
Los tiempos del esplendor 31
Overbooking 55
Imitación del Éxodo 71
Pasaje para Marion 89
Un río llamado Mujer 113
Nuevo Mundo 127
Dama polaca volando en limusina negra 157
El poeta inglés 175

A quien escribió el poema
Una cosa menos que adorar

El amor en Lobito Bay

Nuestra casa en Lobito Bay estaba cubierta por tejas de barro. Otras viviendas tenían tejados de zinc, lisos y resplandecientes, y otras los tenían de paja, amplios y picudos como si fuesen sombreros de paja. Intercaladas al azar, las diferentes especies de techumbre no implicaban distinción alguna en materia de ordenamiento ante la línea del mar. Atestiguaban tan sólo el origen de sus habitantes, hablaban de su resistencia al calor y a la incidencia del sol sobre la alfombra de arena y la superficie de las aguas, o atestiguaban simplemente hasta qué punto habían sido distintos los recorridos de nuestras familias a lo largo de la Tierra.

Algunos, como nosotros, habíamos llegado de la zona norte del Atlántico y necesitábamos la sombra. Otros habían llegado del Mediterráneo y necesitaban patios. Muchos proveían del Índico y necesitaban esteras. Los naturales de la región no necesitaban casi nada. Tenían el sol, el agua, las frutas y la ofrenda del mundo original. Si acaso llegaba a establecerse alguna diferencia entre

los pescadores y sus mujeres, unas de piel más oscura, otras de piel más clara, se desdibujaba por completo en el bando indistinto que formaban sus hijos al final de la tarde. Lo recuerdo como si fuera hoy. En Lobito Bay, cuando el sol comenzaba a declinar y los barcos zarpaban en busca de pesca, nosotros, los hijos de los pescadores, huíamos en dirección al descampado, y allí corríamos juntos como si fuéramos hermanos, hijos ilegítimos de un primitivo y único hombre del mundo.

Dijo el profesor cuando nos sentamos en torno a la mesa.

Sí, como si fuéramos hijos indistintos del primer hombre del mundo, formábamos una bandada de hermanos en plena competición por nada, añadió el profesor. En esa especie de demanda de velocidad, la causa que nos movía era más fuerte que el objetivo. Mejor dicho, entre nosotros la causa se confundía con el objetivo y una y otro se realizaban en conjunto y en un único lance. En conjunto tomábamos posesión, en conjunto nos preparábamos. Como si la carrera fuera un acto oficial y definitivo, en el momento de la salida estábamos tensos, ajustando con desvelo milimétrico los talones desnudos a la línea dibujada en el suelo. Concentrados, serios, contenidos, en cuanto oíamos la señal de salida nos lanzábamos a una carrera loca, viendo cómo las piernas de los mayores desaparecían delante nuestro. Los

más ágiles de entre los más jóvenes les seguían la pista, ganando distancia, mientras que los más jóvenes y menos ágiles nos íbamos quedando atrás, cada vez más atrás, sin que por ello perdiéramos el sentimiento de alegría por estar lanzados a una carrera donde sólo los más altos y leves podían resultar vencedores. A nosotros, los más jóvenes, nos bastaba con estar incluidos entre los treinta corredores de fondo que recorrían la acera del descampado, que se extendía a lo largo de la o rilla, para sentirnos orgullosos de nuestras vidas, dijo él.

Por lo demás, éramos completamente ignorantes de todo lo que tuviera que ver con la terminología atlética. No conocíamos la palabra *sprint*, ni tampoco palabras como *match* o *team* formaban parte de nuestro escaso vocabulario, una especie de denominador mínimo, recogido mediante substracción de las diversas hablas de nuestros padres. Es cierto que por aquel entonces Frank Shorter se había convertido en el rey de las carreras y la palabra *jogging* se había esparcido por todos los rincones del mundo, pero entre nosotros, sin televisión y sin periódicos, ni siquiera la palabra *atleta* era un término que se usase. Ya lo he dicho antes, nada de eso nos incumbía, nosotros no confundíamos las palabras con los actos, nosotros lo único que queríamos era correr. Como desde siempre, como desde el principio del mundo,